

Pero el hecho mismo de que apareciera esta declaración hizo entender a la mayoría de los mexicanos que la situación política y social en el país había llegado a extremos graves y que ya no era un candidato, o un partido político el que estaba en la mira de una ya muy clara y temible conspiración contra la nación. Amainaron los ataques contra Zedillo después de esa formidable declaración política de unidad nacional.

Alguien tuvo que haber logrado el milagro de reunir en un solo acto declaratorio a tan disímolas personas como las que firmaron el documento que llamaba a la unificación. Y no fue necesario ir muy lejos para descubrir que la única persona que estaba en condiciones de realizar esa hazaña era Carlos Hanck González. Porque Carlos Hanck el único hombre que, habiendo ocupado cargos de alto nivel en las distintas administraciones que se sucedieron en los últimos treinta años había sabido mantener no sólo la amistad de todos los que le acompañaron en esas administraciones, sino lograr el respeto y la adhesión a su persona de todos aquellos acompañantes. Gracias a su talento, a su devoción por México, a su don de gentes que le hace aparecer como el más comprensivo y civilizado de todos los políticos, Carlos Hanck era el enlace lógico de quienes firmaron la declaración de unidad política. Esto era obvio. Carlos Hanck había logrado reimponer la paz y el orden político en su partido en función de asegurar el orden institucional en el país.

Entonces la insidiosa campaña de desestabilización arremetió venenosamente contra Carlos Hanck. Le acusó rudamente de todo lo que es posible acusar a un político. Pero todo fue en vano. Porque es difícil destruir la imagen del hombre que, siendo uno de los más afortunados de México desde el punto de vista económico y social, emplea su tiempo en el servicio de los campesinos, de los productores rurales, de la economía agrícola, y no desde elegantes oficinas en la ciudad de México, sino fa-

jándose en camisa, a pie y con sombrero de petate en ejidos y rancherías a lo largo del país.

Falló esta nueva agresión y entonces apeló al recurso supremo. El jueves de la semana pasada la Bolsa de Valores de México cayó intempestivamente, sin antecedentes que lo justificaran, a niveles de quiebra. Cundió el pánico entre inversionistas y se esperaba que el día siguiente la Bolsa se declarara en quiebra y todo el aparato financiero mexicano se viniera al suelo. Pero no ocurrió así; al contrario, el día siguiente vio con estupor que la Bolsa no quebraba, sino se recuperaba hasta los máximos anteriores.

Este fue el golpe definitivo de la siniestra conspiración. Quien sacó el dinero de la Bolsa el jueves, lo reintegró el viernes. Las horas intermedias serán históricas, tal vez trágicas para México. Ya todo está en paz. Una triste paz.

Escrito el domingo 24 de abril de 1994.

Repúblicado por El Porvenir el 3 de mayo de 1994.

La crisis general del capitalismo

Ayer se efectuaron desfiles y manifestaciones de obreros en todos los países del mundo, con excepción de los Estados Unidos. La característica común de todas estas manifestaciones fue la protesta por el extenso desempleo que existe en todas las regiones del mundo, sin excluir a los Estados Unidos, así como por la incertidumbre del empleo para quien lo tiene debido a la inestabilidad de la economía en sus propias naciones.

El primer día del mes de Mayo ha sido celebrado por los obreros desde hace más de cien años. Durante los primeros cincuenta de este siglo esas manifestaciones fueron consideradas subversivas por los gobiernos de las naciones capitalistas; y sólo fueron consideradas como expresiones lícitas de las demandas de los trabajadores hasta después de concluida la segunda guerra mundial.

Esta tolerancia fue el reconocimiento de todas las naciones democráticas que participaron en la guerra al esfuerzo que realizaron los obreros en los talleres de las fábricas y en el mismo frente de batalla para lograr el triunfo de su causa.

Pero, también, esa tolerancia fue debida al ascenso que tuvo la economía en las naciones ganadoras de la guerra como consecuencia de su victoria, de ciertos cambios en las relaciones de trabajo, del pleno empleo y de la atenuación de los conflictos sociales. En estas circunstancias, las manifestaciones obreras del primero de Mayo se volvieron rituales y tranquilas, por lo menos en las naciones donde el progreso industrial fue más rápido y sostenido.

Pero hace algo así como quince años las cosas cambiaron en el mundo.

La introducción de nuevas tecnologías en los procesos industriales revolucionaron el modelo ancestral de economías puramente nacionales para convertirlas en internacionales, dependientes unas de las otras, en lo que ahora se conoce como globalización de las economías. La globalización no es, como se piensa vulgarmente, la suma de economías nacionales, sino la interacción en la producción industrial, a escala internacional, de las economías nacionales. Los televisores norteamericanos llevan buena cantidad de partes japonesas; las computadoras alemanas llevan partes norteamericanas y lo mismo sucede con la industria inglesa,

francesa y canadiense. Y, como es lógico, la potencia de esta economía globalizada expandió tan vertiginosamente la producción industrial, considerada en su conjunto, que en breve tiempo desbordó la capacidad del mercado de consumo.

Entonces fue necesario frenar la expansión industrial para adecuarla a las limitaciones del mercado de consumo. Y ahí empezaron los problemas sociales actuales. Todo empezó con la retracción gradual de la economía a escala mundial, proceso que recibió el nombre de desaceleración. Pero la tecnología aumenta su eficacia día con día y mejora constantemente los modos de producción que, en vez de resolver el problema de la oposición entre la capacidad de producción de la industria y la limitación del mercado de consumo, la aumenta. La capacidad de producción, ahora, es casi ilimitada; pero el mercado de consumo no aumenta. En estas condiciones la industria pasó, de la retracción, que es un fenómeno de disminución de la producción, a la crisis, que es un fenómeno de quiebras y desaparición de empresas por falta de mercado.

La consecuencia de todo esto fue el desempleo progresivo. Primero se dio este fenómeno en economías que no alcanzaban un alto índice de globalización; pero este desempleo agudizó el problema de la falta de mercado de consumo para las otras economías, las globalizadas. Y, rápidamente, por esta misma causa, el desempleo fue extendiéndose al bloque de las naciones industrializadas. El mercado de consumo alcanzó entonces mayores limitaciones. Un censo reciente de personal industrial desocupado en los países industrializados proporciona la cifra de *treinta y cinco millones de gentes* de todas calificaciones. Así, por ejemplo:

Inglaterra tiene desempleado al 10.6% de su fuerza de trabajo.

Francia, el 10.5%.

Alemania, el 9.3%.

Estados Unidos, el 8.0%.

Italia y Canadá, el 11.0%.

Japón, el 2.4%.

España, el 21% de su población económicamente activa.

Esta es una crisis y, lo peor de todo, es que ni los políticos ni los expertos en economía le ven salida.

Hace siete años, cuando la Unión Soviética fue destruida por la estupidez de Gorbachov y la traición de Yeltzin, el mundo capitalista proclamó la victoria de su sistema de libre empresa sobre la economía planificada de aquella nación. Sin embargo, hace precisamente siete años que todo el sistema capitalista entró en dificultades para llegar finalmente a esta profunda y extensa crisis.

Los obreros con empleo o sin empleo que manifestaron ayer en todas las naciones de la tierra, protestaron enérgicamente contra esta situación que los ha unido en la miseria y el temor. Y tienen razón. Porque ¿alguien puede explicar cuál es el destino de la sociedad humana, bajo este sistema?

2 de mayo de 1994.

¿Qué es la democracia en México?

No se sabe aún cuál será la agenda del debate que sostendrán, el día doce del presente mes, los candidatos presidenciales de los tres principales partidos políticos de México.

Sin embargo, parece lógico suponer que esta agenda no será dada a conocer públicamente hasta que los tres candidatos lleguen a un acuerdo sobre los temas concretos a debatir.

Esto quiere decir, ni más ni menos, que el debate será una pelea de las que en términos deportivos se llaman *arregladas*, no tanto porque se acuerde de antemano quien de los contendientes va a ganar y quien va a perder, sino porque la selección del temario a discutir será el producto de un acuerdo entre los candidatos. Y este solo hecho es indicador de que el temario será puramente convencional. Es decir, el temario será solo un común denominador del interés que tengan los candidatos en los problemas nacionales.

Quedarán guardadas en la mente de los contrincantes muchas de las ideas que les sean estrictamente propias acerca de la realidad nacional. Estas ideas no serán objeto de debate si no están implícitas en los temas de la agenda que, a su vez, requiere el consenso de los otros candidatos. Porque, tratándose de candidatos con ideología y programa supuestamente contrarios, lo que para alguno de ellos sea necesario discutir será brasa ardiente para los otros, y a la inversa. Muchos temas de interés nacional no pasarán a discusión si son vetados previamente por alguno de los candidatos al formular la agenda del debate.

En lo que no hay duda es en que los candidatos utilizarán el tema de la democracia y de sus reconocidos vicios como parámetro de toda la discusión. La purificación de la democracia en México es el único tema en que hay consenso, según se colige de los discursos pronunciados por los candidatos en el curso de su campaña electoral. Y de aquí se sigue que todos los temas que contenga la agenda serán tratados a su manera y forma de pensar; pero, con seguridad, puede afirmarse desde ahora que la conclusión a que llegue el candidato de que se trate estará referida a una sola causa, a la falta de de-

mocracia en el País; por lo menos, a la imperfección con que se practica en los eventos electorales. Todo quedará explicado en función de la falta de democracia.

Podrá decirse que la corrupción existe en México porque no hay democracia, ya que los funcionarios encargados de la administración pública no fueron elegidos democráticamente y, por tanto, carecen de legítima representación. Este solo hecho conduce a la irresponsabilidad de esos funcionarios en el ejercicio de sus funciones. El abuso en la administración de la justicia obedece a la misma causa, lo mismo que el excesivo poder de que disfrutaban presidentes y gobernadores. ninguno de éstos, como decía en su tiempo Emilio Rabasa, podría negar la superchería de su elección. Y así por el estilo. Todo quedaría resuelto en este país tan solo con que funcionara correctamente el sistema democrático preconizado en la Constitución. Al final del debate, ésta será la conclusión a que lleguen los candidatos contendientes. No habrá, puede asegurarse, conclusiones concretas para los ya bien peinados puntos de la agenda y menos aún para otros temas que interesan a los mexicanos.

Pero aún así, el tema de la democracia debería aparecer en la agenda para ser discutido en toda su amplitud y no solo en sus aspectos electorales.

La democracia es un sistema que consiste, claro está, en un cierto modo de elegir a los hombres del gobierno; pero consiste, también, en el modo como esos hombres gobiernan a la nación. Y no me refiero a las triquiñuelas, vicios y abusos del poder ejecutivo. Me refiero a que en otras naciones no se dan tan profusamente estos abusos del poder ejecutivo porque este poder está equilibrado con el de los otros dos poderes, especialmente por el del poder legislativo. En México, este poder aparece, y está, subordinado al primero.

Sin embargo, esta subordinación del poder legislativo al ejecutivo, en México, no se debe a que senadores y diputados sean agachones o porque pertenezcan al mismo partido político que los mandatarios del ejecutivo. Esta subordinación viene de un hecho que ha pasado inadvertido para juristas, políticos y sociólogos. El hecho es que México es, tal vez, la única nación del mundo donde la Carta Magna otorga al poder ejecutivo, al presidente de la República, por una parte, el derecho de iniciar o promover leyes ante el Congreso y, por otra, el de vetar las que expida el Congreso por su propia iniciativa.

En los países sajones, como Estados Unidos, el presidente de la República no tiene derecho de iniciar leyes ante el Congreso; pero en cambio tiene el de vetar las del mismo Congreso. En los países latinos es al revés. Los presidentes tienen derecho de iniciar leyes; pero no tienen el derecho de veto. En esto consiste el equilibrio de los poderes.

Sería un avance formidable en el camino de establecer la democracia en México si los tres candidatos contendientes acordaran quitar al presidente el derecho de iniciar leyes ante el Congreso y dejarle únicamente el de veto. El congreso se vería en la necesidad, quieras que no, de expedir por su propia cuenta las leyes del país. El equilibrio democrático quedaría establecido entre los poderes. Los abusos del poder habrían terminado.

5 de mayo de 1994.

El debate de los presidenciables

Conforme pasan los días y se aproxima la fecha para el debate que sostendrán los candidatos presidenciales de los tres principales partidos políticos se advierte una cierta nerviosidad en las filas del Partido Acción Nacional. Y es que se tiene ya la convicción de que su candidato, el señor Diego de Ceballos, carece de la preparación necesaria para enfrentarse, en lugar cerrado, pero a la vista de millones de espectadores, con los de los otros dos partidos, el Ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas y el doctor Ernesto Zedillo.

La razón de esta inquietud es que los temas a debatirse se refieren a la realidad social y económica de México y, como es lógico, también a la realidad política nacional.

Diego de Ceballos es un reconocido experto en cuestiones de la política, ya que, al igual que la mayoría de sus compañeros de partido, ha sido educado en la práctica fácil de criticar y condenar al sistema de gobierno en su conjunto, al que culpa de todos los males que sufre la nación. De ahí que la única solución que ve Ceballos a todos estos males es el cambio completo del sistema.

Esta visión totalitaria del gran problema nacional le ha permitido a Ceballos despreocuparse de los problemas parciales que dan lugar a la formación de ese gran problema. Así, serán vanos los esfuerzos por resolver adecuadamente cualquiera de estos problemas parciales si no se cambia primero el sistema político de la nación en toda su generalidad.

Pero ocurre que el debate proyectado con los otros dos candidatos presidenciales será conducido con base en una precisa agenda cuyos temas estarán orientados a encontrar respuestas concretas a problemas concretos.

Se trata de que los participantes en el debate dejen bien clara su propia posición y la de su partido en relación con problemas específicos, de índole particular. Tales problemas podrán ser, por ejemplo, el de la relación obrero patronal en empresas de alta tecnología; el de la educación media y universitaria y su adecuación a los altos niveles alcanzados por la ciencia moderna; el retraso de la economía rural y los modos de adecuarla al desarrollo de la economía urbana; el nuevo modelo de un sistema político nacional y etcétera, etcétera. Es claro que las respuestas que se buscan deberán estar sustentadas en un amplio y sólido conocimiento de esos problemas.

La misma educación política de Ceballos lo ha mantenido alejado de este tipo de cuestiones. Y, por supuesto, no es que ignore por completo en qué consisten y cuáles serían los modos de resolverlas. Pero, en el caso del debate, estas cuestiones serían examinadas por cada uno de los participantes no solo en su generalidad, sino en su íntima causalidad y en sus múltiples reflejos sobre toda sociedad. Y aquí es donde se duda de que Ceballos pueda expresar ideas y pensamientos eficaces, de la altura que se requiere.

No hay duda, en cambio, de que Cárdenas y Zedillo lleven ventaja sobre Ceballos en ese debate. Cárdenas ha estado unido al proceso del desarrollo social, económico y político de México casi desde el día en que nació. Su condición de hijo primogénito del general Lázaro Cárdenas le brindó la oportunidad de observar, y de estudiar de cerca, la transformación del país en todos sus aspectos, de los aciertos obtenidos y de los errores y fracasos que trastocaron los factores guías de esa transformación. Pero, además, Cárdenas ha formado parte de esa administración pública en puestos con función ejecutiva, lo que le ha permitido adentrarse hasta el fondo en el conocimiento de las cuestiones mencionadas. Es, por tanto, un adversario temible en un debate como el que se proyecta.

Zedillo es el más joven de los contendientes. Sin embargo, casi toda su vida útil la ha empleado en funciones administrativas del Estado. Cuenta mucho en él que su preparación profesional la haya adquirido en el Instituto Politécnico Nacional. Esta es una institución educativa a la que asisten estudiantes de clase media y clase media baja. Las relaciones humanas que se forjan ahí entre estudiantes y maestros son obviamente de otra calidad que las que se forjan en la Universidad Nacional. Zedillo ha demostrado la calidad de su educación social y profesional recibida en el Politécnico en el breve tiempo que lleva de campaña política. Después de un ligero titubeo debido a lo repentino de su nominación como candidato presidencial, ha recuperado la desenvoltura de su comportamiento, el me importa madre lo que digan y su confianza, por no decir su identidad, con el pueblo que vive y se afana en las ciudades de México. Veinte o más años en la administración pública superior y su profesión de economista egresado del Politécnico lo colocan al mismo nivel político que Cárdenas.

El debate será, pues, un espectáculo interesante. No participarán en el evento los otros seis partidos políticos. Sin intención denigrante, podría decirse que no participarán porque ninguno de sus candidatos tiene la estatura política y profesional de quienes sí van a participar. Y porque, si por error se les hubiera invitado, el debate perdería la concentración que se requiere y se dispersaría en multitud de opiniones aisladas que a nadie interesaría escuchar.

Así las cosas, no queda otra alternativa que desearle buena suerte a Ceballos, el candidato de la lanza en ristre sin que esta expresión se tome como albur.

Lunes 9 de mayo de 1994.

Los arieles del debate

En el artículo pasado afirmé que el debate que sostendrían Cuauhtémoc Cárdenas, Ernesto Zedillo y Diego Ceballos, como candidatos presidenciales, no pasará de ser un mal espectáculo copiado del que se representa en Estados Unidos cada vez que hay elecciones generales en aquel país.

En México, afirmé, ese tipo de reuniones son absolutamente extrañas a la tradición político nacional y corren el riesgo de convertirse en meros sainetes teatrales.

Mientras que en Estados Unidos los candidatos discuten sobre una realidad económica, política y social sobre la cual los candidatos sustentan diferencias menores, en México esa realidad es atterradoramente compleja y a veces trágica.

Los mexicanos llevamos dos siglos discutiendo nuestra realidad, frecuentemente a balazos. Desde el momento en que sobrevino la independencia de la nación, pasando por las guerras de Reforma y por el cuartelazo que entronizó a Porfirio Díaz hasta la revolución maderista, esa discusión se ha vuelto interminable precisamente porque no existe la inmediata posibilidad de lograr un ajuste de la sociedad, en todos sus órdenes, como el que existe en Estados Unidos, en Francia o en Alemania.

La sociedad mexicana está aún en la etapa primaria del largo camino que conduce a una integración social lógica y humana y, por eso, es todavía una sociedad de régimen impositivo y a veces brutal. Si esta sociedad no ha avanzado más rápidamente a su integración social, es porque su realidad económica se lo impide; y, a la inversa, si no ha avanzado hacia la igualdad económica, es porque su realidad social se lo impide. La política del